

por tal declaración, y balbucea á media voz:

—Pero si ellos me saludan en la escalera, yo no he de... no he de...

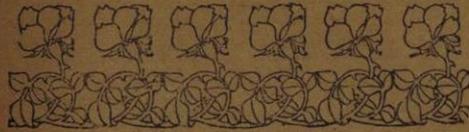
Y pone lastimoso talante, algo azorado. Madrina se siente llena de remordimiento y de compasión. ¡Pobre criatura! ¡Tan niña, y ya la torturan las diferencias de los hombres! No obstante, es imposible consentir. Madrina emite un principio decisivo:

—Nunca debe olvidarse la cortesía. Naturalmente, si os encontrais por la escalera, debéis saludaros. Pero conviene que no alternes con esos chiquillos.

La cosa mejora. Madrina ha recobrado su amabilidad. Minnie no alternará con los niños Peborde; entendido. Pero si la casualidad les aproxima, no le está prohibido saludarles. Por algo se empieza... El rostro de Minnie se aclara; la niña dobla su labor y propone lo siguiente:

—¿Podría poner á Bobby el delantal de mi muñeca grande? Él sería mi compañero de juegos, puesto que no tengo otro...

Madrina no se siente con valor para negárselo. Bobby pagará las consecuencias de su firmeza, resultando con ello nueva víctima indirecta de las pasiones anticlericales.



#### CAPITULO IV



ODAS las mañanas á las once menos cuarto, como el tiempo no esté muy malo, Minnie acostumbra á dar un paseo con la señorita Noemi. Esta es la regla establecida por madrina quien, en todas las cosas ama el orden y la disciplina. A Minnie no le interesa exageradamente, sobre todo, cuando no es su fantasía la que dicta su aplicación. Así que más de una vez pasó inadvertida la hora del paseo. Pero hace algunos días que le ha dado por ser puntual, tan puntual, que hoy ha sido la propia Minnie quien ha preguntado si era ya hora de vestirse. Días atrás se quejó, infinidad de veces, con alguna acrimonia, de la escasa variedad de los itinerarios y de la fealdad de los lugares

que rodeaban la calle de Varennes. Pero, ahora, guapamente se acomoda á ellos; mejor dicho, es ella la que, rehusando toda modificación, parece encantada de dar cada día el mismo paseo. Siguen la calle hasta la explanada de los Inválidos, siempre por la acera derecha; luego se dirigen á la izquierda y entran en un parquecillo enverjado, contiguo al hotel. Allá se invita á la señorita Noemi á tomar una silla y á sentarse, mientras Minnie se entretiene jugando sobre la arena.

¿A qué se debe tanta puntualidad en Minnie, de ordinario tan aficionada á quebrantar las consignas? ¿A qué esta regularidad en Minnie, de ordinario tan ávida de cambios y de novedades? Madrina se felicita por los progresos del espíritu de disciplina en su pensionista atribuyéndolos en gran parte á su propia influencia. Madrina es una mediocre observadora y su error es profundo. La causa principal de que se desarrolle esta virtud en Minnie es muy distinta. Radica principalmente en estos dos hechos: primero, que por el itinerario escogido pasa por delante del instituto Vornage; segundo, la salida de los discípulos del instituto Vornage tiene lugar á las once.

El instituto Vornage, situado en el número 64 bis, tiene por objeto la pre-

paración de los niños de ambos sexos para su ingreso en el circo; allí se les inculcan los principios elementales de una educación estrictamente laica y democrática. El señor Vornage es el propio hermano del concejal radical-socialista de Grenelle y autor del *Manual del ciudadano*, prefaciado por D. Fernando Buisson, y honrado con la suscripción del ministerio de Instrucción pública. Contrajo matrimonio civil con la señorita Archimbau, hija del proscrito de la *Commune*, asociado á su obra pedagógica. Esos títulos explican suficientemente por qué el diputado Peborde confió al instituto Vornage el cuidado de formar la inteligencia y el carácter de su hijo Maximiliano y de su hija Sofía. Todas las mañanas, yendo á la plaza, la cocinera les deja, á las nueve, á la puerta del colegio. A las once, la muchacha que asume las funciones de criada de los niños y doncella de la señora Peborde, va á buscarles, escoltada de Lulú, y á fin de que suceda el recreo necesario al ejercicio cerebral; les acompaña al parque de los Inválidos cuyas condiciones de higiene son excelentes y donde pueden dedicarse á interesantes estudios comparados sobre la galantería de los jóvenes militares pertenecientes á distintos cuerpos y la de los viejos inválidos, los cuales, no sin

lozanía, conservaron las tradiciones caballerescas de la antigua Francia.

Ocurre, pues, que, casi cada día, Minnie y la señorita Noemi encuentran en la escalera ó por la calle á Lulú Peborde y á la criada; que las siluetas de sus hermanos mayores se dibujan ante el portal del instituto en el momento que Minnie lo deja á su derecha y, en fin, que un poco más tarde, vuelven á encontrarse en el parquecillo y se entregan por espacio de una hora á diferentes juegos, separados únicamente por un espacio de pocos metros. Es imposible que no resulte algo de semejantes coincidencias...

¡Oh! no vayan á imaginar que Minnie, olvidando sus promesas y las órdenes de madrina, haya anudado culpables lazos con los vecinos. La niña no pretende «alternar con ellos», entendámonos, pero, según los mismos principios de neutralidad formulados por madrina, le es permitido saludarles al cruzarse con ellos, y jamás le fué prohibido mirarlos. Así que, todas las mañanas, Minnie contempla á los niños Peborde y los niños Peborde contemplan á Minnie.

De pronto, no sin cierta aprensión, Minnie empezó á examinarles. El anátoma que lanzara madrina sobre «esa gente», algunas frases evasivas pero inquietantes, que escaparon á la señori-

ta Noemi en respuesta á reiteradas preguntas, y unas categóricas declaraciones formuladas por Orasia, la incitaron á no aproximarse demasiado á los miembros de una familia que todos los días «comían carne de cura». Esta expresión, entendida primitivamente en sentido literal, inspiró á Minnie un terror provechoso que, desgraciadamente disminuyó muchísimo el día en que le fué revelado su verdadero sentido. Desde aquel entonces la niña aportó á sus observaciones mucha más libertad de espíritu. Y hoy se encuentra en estado de formular un juicio definitivo sobre todos los trazos característicos, cualidades y defectos de la progenitura del representante del pueblo.

Sofía Peborde, precisa reconocerlo, es una pécora. De tal la calificó Orasia. Minnie conviene en esto. Ello se debe al insultante menosprecio que profesa conscientemente en sus habladurías la señora Peborde, madre, para con la «vieja beata del primero»; se debe á las doctrinas igualitarias del colegio Vornage; se debe principalmente á que la joven Sofía Peborde pone en juego su amor propio, eximiéndose, para con su contemporánea, del perjuicio aristocrático de la cortesía y demostrándole un desdén sin límites, lo cual traduce principalmente con una significativa mueca

al encontrarla por la escalera, ó pisándola á lo mejor, aunque fingiendo no hacerlo adrede, y declarando en voz muy alta, durante sus estancias en el parque, que siente un horror atroz por los pazguatos que miran á los demás como bestias curiosas. Sofia Peborde no es una bestia curiosa. Es únicamente una niña flacucha, seca, un tanto mal educada, de tez oscura y ojos hundidos, que necesitaría un aire distinto del de París, y más cuidados que los que la señora Peborde puede dedicarle en medio de sus contínuas visitas y otros muchos deberes que se imponen á una parisiense de Haut-Ariège.

Sofia Peborde tiene la misma edad que Minnie, pero no el mismo rostro, y tiene celos de Minnie con toda la acritud de una criatura doliente y comprimida. Las mejillas rosadas y redondas de Minnie, son un insulto á su cutis descolorido. Hasta los vestidos sencillísimos, pero de buen corte, de Minnie humillan los complicados desechos que á veces la señora Peborde extrae para su hija, de oropeles desusados. Cada vez que Sofia Peborde advierte la presencia de Minnie, la dirige un epíteto malsonante. Pero no deja de mirarla con el rabillo del ojo, y acaso, en el fondo de sí misma abriga la esperanza furtiva de que un día la casualidad las

reunirá, dándola pretexto de humillarla ú odiarla más intensamente.

Los sentimientos que la niña del primero inspira al homónimo del señor de Robespierre, son muy diferentes. Max tiene un año más que Minnie, pero su altura es poco mayor que la suya. Es un mozalbete delgado y débil, de rasgos muy finos, pero irregulares, y de boca nerviosa; casi sería feo si no tuviese un par de admirables ojos negros, semejantes á aquellos que de que se sirve con tanta eficacia su madre, pero mucho más hermosos, puesto que él no los emplea más que para mirar la vida, que ya le sorprende y con frecuencia le oprime. Abrióronse bajo el bello sol de Mediodía, no tan espléndido como el de los trópicos, pero con todo muy distinto del pálido sol de París. Empañáronse debilmente desde el día en que los muros grises de la capital y su cielo indeciso se reflejaron en ellos. Desde entonces vieron muchas cosas. Vieron el instituto Vornage, los profesores pedantes y cansinos, los quisquillosos condiscípulos que se burlaban de su acento del Mediodía. En la sombría estancia familiar observaron atentos y mudos, al señor diputado Peborde, perorando sin cesar sobre los derechos del hombre, y á la señorita Peborde que, con los labios pintados y los cabellos teñi-

dos de alheña, reclama agriamente las localidades de la ópera que el subsecretario de Estado de Bellas Artes debía mandar.

Durante interminables tardes encapottadas, contemplaban el arroyo fangoso, los húmedos tejados, el vuelo de las humaredas y las nubes que pasan. A través de la bruma parisiense, diríase que aquellos ojos aspiran á algo que les falta, á algo que necesitan indefectiblemente; piden espacio, cielos azulados, espléndida claridad, alegría, amor, belleza...

Un día, Max, venía del colegio Vornage, agobiado el corazón, el espíritu laso, torpes las piernas, sin energía. Y en tanto que lentamente subía la escalera de su casa, llegó de pronto á sus oídos una carcajada tan fresca, tan alegre, que le dió un vuelco el corazón. Vió descender hacia él á una hada pequeñita, rubia y sonrosada, que brincaba como un pajarillo... Rápidamente bajó sus ojos negros. Pero la figura de Minnie quedó grabada en ellos. Hízose Max á un lado, y algo cohibido, pero cortesmente, quitóse la gorra. Minnie contestó con una débil inclinación de cabeza. Y ni a madrina le pasó inadvertido el pálido semblante que puso el muchacho al saludarlas.

Desde aquel día, cada noche, al dor-

mirse, Max se pregunta:—«¿Veré mañana á la niña que encontré por la escalera?» Al despertar, éste es también su primer pensamiento, el cual le persigue camino de la escuela y le obsesiona ante el ajado pupitre. Su atención vuela. Le preguntan y no oye. Le regañan, le castigan, pero ¿qué importa? Los reproches no le hacen mella, permanece indiferente á las amenazas, solo le preocupa una cosa: la hora de la salida. La hora llega. Y sin pararse en las quisquillosidades de Sofia, la arrastra, la atropella, franquea el portal, apenas saluda á Lulú... sus miradas ansiosas van de derecha á izquierda, hacia la acera opuesta. Levanta su pecho un suspiro; sus facciones se dilatan; ha visto á Minnie y ella le ha visto también. La saluda. Ella le corresponde. Tórnanse pálido, enrojece. Su corazón late con una violencia deliciosamente dolorosa. Llegado al parque toma un libro ó hace como que juega con Lulú. Pero solo le asedia un pensamiento único. Con el rabillo del ojo atisba los movimientos de Minnie, y admira la gracia de sus gestos. Su risa perlina le acaricia el oído. Mientras ella remueve la arena, él la mira con apasionada avidez. Su imaginación sobreexcitada se pierde en novelescas divagaciones. Salva á la linda rubia de un incendio. La tiene

entre sus brazos; la oprime contra el pecho... Pero no se atreve siquiera á levantarse del banco donde está sentado para aproximársele. Tiene la intuición de los ódios de clases, y presiente, sin haberlas medido, las distancias que le separan de aquella la niña de la vieja devota del primero.

Pero Lulú está menos al corriente de las pasiones contemporáneas. Lulú es un chiquillo mofletudo muy tranquilo, que no se anda en chiquitas. El otro día, al bajar la escalera, resbaló, perdió el equilibrio y cayó á los pies de Minnie. Antes de que tuviese tiempo de llorar, Minnie lo había levantado y le había puesto en la boca un bombón que ni siquiera podía adivinarse de donde lo había sacado. Desde entonces Lulú está enamorado de Minnie; completamente olvidado de las divisiones políticas y sociales, apenas advierte su presencia, por lejos que esté, la interpela y la dirige señales significativos, y por más discretamente que Minnie responda, se siente animado. El terror que le inspira la señora Pajarito (con este apodo designa á la señorita Noemi la familia Peborde) no basta á contenerle. Aprovechando la conversación de la señorita Alicia con algún militar de los que por allí pasean, dirige á Minnie sonrisas y gestos amistosos. Y cuando se decide á obedecer á

los mandatos imperiosos de la señorita Alicia, en quien renace el sentimiento del deber, no lo hace sin haber antes ofrecido á su amiga una hermosa hoja verde ó un guijarro blanco cuidadosamente escogido. Y muy á menudo obtiene en cambio, y se lo lleva muy apretado en la mano, un obsequio más ó menos valioso: un cromó, una bala ó una golosina. Días atrás, Sofia, pretextando que podía ser venenosa, quería obligarle á tirar una pastilla de chocolate que Minnie le diera; Lulú lloriqueó. Max intervino, dió la razón al pequeño y dijo á su hermana que era una patosa. Minnie siguió la escena con el rabillo del ojo.

Así entre Minnie y los Peborde se teje poco á poco una trama cuyos hilos, al principio invisibles, van espesándose cada día más. Cada día se multiplican las miradas, las sonrisas se acentúan y Lulú se atreve cada día más. Todo ello no puede conducir más que á una catástrofe. ¿Por qué la señorita Noemi no pone inmediato fin á una situación tan llena de peligros?

¡Ay! la señorita Noemi pertenece á la estirpe de esos políticos que sin ser culpables de sus propias debilidades, creen que los abusos que toleran durarán tanto como ellos mismos. Su conciencia está cruelmente dividida. Ciertamente, es su deber evitar tales aproximaciones. La

señorita Noemi ha procurado por todos los medios posibles conducir á Minnie á otros lugares de diversión y á otros planes de paseo. Pero Minnie se ha negado á ello resueltamente. Dice así la niña: «Madrina no me ha prohibido ir al parque de los Inválidos. Quiero ir al parque de los Inválidos». Y esta es la verdad. No tiene réplica. Madrina tampoco dijo que huyeran de los niños Peborde. Sólo ordenó á Minnie que no les tuviese por compañeros de sus juegos. ¿Por qué no saludarles? Minnie está en su perfecto derecho y la señorita Noemi no falta en nada á las instrucciones recibidas al no impedir con un veto categórico el *modus vivendi* establecido. ¡Pero hasta qué punto desconoce las posibles consecuencias al tolerarlo!

Para descanso de su conciencia, la señorita Noemi ha intentado confiarse á madrina y pedirle órdenes precisas. Pero madrina la ha reducido al silencio á las primeras palabras y se ha referido á sus primeras instrucciones. La señorita Noemi ha vuelto á caer en sus perplejidades. Cuando contempla los rasgos duros y el semblante arisco de Soffa Peborde, se representa claramente las abominaciones de la política del *bloc*. Pero los bellos ojos de Max la conmueven; precisamente en la actualidad, en lugar de sacarle la lengua como hacen

otros niños, el mofletudo Lulú dirige á la señora Pajarito amables sonrisas algo medrosas todavía, pero que fuera crueldad rehusar. ¡Por otra parte, Minnie estaría tan triste si la prohibiesen su paseo cotidiano! Acaso ya no querría tanto á la señorita Noemi.

La señorita Noemi oscila entre las resoluciones más contradictorias sin que ninguna de ellas lleve trazas de pasar á ejecución... Los días se alejan. La Providencia decidirá. La señorita Noemi espera alguna circunstancia imprevista que conduzca la crisis al desenlace.

La deseada circunstancia tiene lugar, pero ¡cuán diferente de lo que ella esperaba!

Esta mañana, como de costumbre, Minnie instalóse en el parque sobre la silla de tijera; yacía á su lado olvidado el aro, al parecer la niña consagraba su tiempo al tocado y educación de su muñeca. Pero á menudo apartaba de ella los ojos para dirigirlos á los niños Peborde, quienes jugaban quince pasos más allá. Teniendo un negocio urgente de qué tratar con su primo militar, la doncella hubo de dejarles allí, recomendándoles que fuesen buenos muchachos, pues ella volvería á buscarlos dentro de un cuarto de hora...

El cuarto de hora se prolonga. Nadie se queja de la situación. Max tiene su



ñita. Pero Minnie, pronta como el rayo, requiere la varita del aro... y, sin la menor vacilación, se lanza sobre los combatientes y asesta rudos golpes al cráneo y espaldas del agresor. Este se vuelve sorprendido y le atiza en pleno rostro un formidable puñetazo que la hace tambalear. Entretanto la señorita Noemi, que por fin ha apartado la nariz del diario, acude desfavorida lanzando fuertes gemidos. Páranse algunos transeuntes. Un guardia se acerca á pasos desmesurados.

.....  
Madrina siente que los dedos se le entorpecen, deja la calceta, y, como siempre, dirige sus pensamientos á Minnie. ¡Pobre niña! ¡pues no se la pintaba el bueno de Mauricio muy turbulenta y un poco terca y á veces indomable! Es preciso tratar á los niños con sagacidad para adaptarles gustosamente á las conveniencias. ¡Con qué facilidad adquieren, á costa de un poco de paciente firmeza, el sentimiento de la autoridad bienhechora y necesaria! ¡Cuán pronto se ha adaptado Minnie á una existencia que, aunque madrina procurara dulcificarla, es sin duda harto monótona para su edad! ¡Con qué afabilidad renunció por sí misma á la manía un tanto alarmante que le hacía desear la compañía de los niños Peborde! ¡Po-

bre Minnie! Es una gran lástima que no puedan comprarse en los grandes almacenes amiguitos vivientes como bebés parlantes ó caballos de máquina. Porque su ansia de compañía es natural... ¡Quiera Dios que la soledad no le pesel! Madrina sentiría mucho que la niña se hastiara á su lado. Pero Minnie no lleva trazas de hastiarse. Invierte todo el día en risas y charlas. Con todo, algunas tardes está un poco ociosa...

De pronto madrina se estremece. Sus ojos se fijaron en el reloj. ¡Las doce y media! La señorita Noemi es puntual como un cronómetro. ¿A qué se deberá que Minnie no esté de vuelta? El terror latente y sempiterno se despierta en ella con gran viveza:—¡Dios mío! ¿Acaso un automóvil?... Madrina se levanta para asomarse á la ventana... En aquel instante óyese rechinar la cerradura del vestíbulo. La anciana lanza un suspiro de alivio, cambia de dirección, abre la puerta para reñir, aunque dulcemente, á las remolonas y... queda consternada ante el espectáculo que se ofrece á sus ojos.

La señorita Noemi, pálida, hosca, contraídos los labios por una mueca idiota, caído el sombrero sobre la oreja, parece la estatua de la desesperación... A su lado, Minnie se aprieta la nariz con un pañuelo cubierto de sangre. Tiene un

ojo descalabrado é hinchada la mitad del rostro... Ante esta doble aparición, madrina junta las manos y deja escapar un grito.

—«¡Dios mío! ¿Pero qué ha sucedido?»

Con los labios agitados por un temblor convulsivo, la señorita Noemi intenta balbucear algunas sílabas ininteligibles, pero Minnie la interrumpe explicándose con volubilidad. No vaya á creer madrina que ha sido desobedida. Minnie no ha alternado en lo más mínimo con los niños Peborde. Pero es lo cierto que al ver que el pilluelo acometía á Max, no ha podido soportar aquello, no ha podido... ¡Oh! permanecer quietecita, hubiera sido un crimen... Madrina, que no entiende una jota, propone á Minnie que vaya á que la laven y la curen... Pero Minnie no gusta de alfeñicarse. No es nada; un gran chichón. Lo que importa es que madrina se entere bien de lo ocurrido... Mediante un suplemento de explicaciones, madrina llega poco á poco á reconstituir el drama. En suma, Minnie intervino para defender al oprimido. Siguió las bellas tradiciones francesas que madrina tanto reverencia. Ante el enemigo todas las disensiones interiores deben desaparecer. Minnie no es culpable; al contrario, obró perfectamente. Esta aprobación tranquiliza el

corazón de Minnie, quien en el fondo de su ánimo acaso abrigaba un débil escrúpulo... Echa los brazos al cuello de madrina y la estrecha tan fuertemente, que le arranca un débil gemido. Sale después, pero antes de llegar á la puerta vuelve sobre sus pasos, gritando á madrina: «¡Ya le explicaré lo valiente que estuvo Max!» Y corre á explicar su aventura á Melania y á hacerse lavar la cara y las manos.

En tanto madrina, repuesta de la primera emoción, vuélvese hacia la señorita Noemi, expresándole su sorpresa por la fatal coincidencia de que precisamente Minnie estuviese jugando al lado de los niños Peborde en el momento en que se produjo ese incidente... La señorita Noemi conocía las instrucciones de madrina y hubiera obrado prudentemente evitando semejante aproximación.

La señorita Noemi, que aún no parece enteramente recobrada, siente que la flaquean las piernas. Desde el día en que, y desde entonces ya pasaron siete años, un simón la derribó en la avenida de los Campos Elíseos, no había experimentado tal sacudida... Pero hace un esfuerzo para cobrar ánimos, y humildemente, con la mayor valentía, sin reticencias, explica los hechos... Hace días que Minnie y los niños Peborde se

ven. Ciertamente, ella hubiera debido evitar tales encuentros. ¡Pero Minnie mostraba tal empeño! Con todo, tenga por seguro que ella no jugaba con los niños. Tan sólo se miraban. Alguna que otra vez el pequeño venía a mendigar una sonrisa. La señorita Noemi no se atrevió á intervenir de un modo decisivo, á provocar una escena de desolación, sin orden de madrina. Ella pidió la orden. Pero no querían dársela. Jamás hubiera imaginado que pudiese ocurrir semejante catástrofe. La estancia de Minnie es tan corta que la señorita Noemi creía haber podido llegar al término de ella sin causar á Minnie una pena tan grande. Pero se ha equivocado. Comprende su error y se desespera.

Madrina calla. Tiene un elevado sentimiento de la justicia. Ciertamente, la señorita Noemi ha sido débil. Pero, ella, madrina, lo fué primero. El jefe es quien debe asumir las graves responsabilidades. Madrina las evadió, las evadió á sabiendas. La señorita Noemi es merecedora de las circunstancias atenuantes. Prestando la mayor dulzura á sus palabras, madrina le dice:

—Cálmese usted; reconozco que la situación era delicada; si tal vez su ternura para con Minnie le ha inspirado demasiada indulgencia, sería crueldad por mi parte el reprocharla.

El corazón de la señorita Noemi se derrite de alegría. La joven hace una mueca abominable. Su labio inferior se adelanta y tiembla, parece que vaya á engullir á su pequeña nariz. ¡Ah! ¡si pudiese hacerse pedazos por madrina! Lucha heroicamente á fin de no estallar en sollozos, pero no puede evitarlo. Madrina concluye:

—Cuento con su prudencia para que las cosas no pasen adelante.

Y esto diciendo, indica con un débil gesto que no se hable más del asunto. Pero la señorita Noemi reúne una vez más todas sus energías é insiste. Mañana Minnie querrá volver al parque de los Inválidos, volverá á encontrarse con esos niños y después de la tragedia de hoy ¿cómo evitar que se acerquen, que cambien noticias?... ¿Cuál es el deber de la señorita Noemi? ¿Alegar una consigna terminante y oponer su veto? Si madrina lo exige, está pronta á obedecer. Pero... ¡pobre Minnie!...

De nuevo aparece en la frente de madrina un débil surco de descontento. Dios mío, la señorita Noemi debería comprender... Pero en fin, tiene razón. Necesita órdenes. ¿Cuáles? La idea de que la hija de Mauricio, abandonada á su custodia, ha de trabar relaciones con los hijos de «aquella gente» le parece intolerable á madrina. Es imposible que

otorgue su consentimiento formal. Por otra parte, entristecer á Minnie, substituir un régimen de semi-tolerancia por un régimen de prohibición absoluta, castigarla, en apariencia, por una buena acción, fuera crueldad. De todos modos, madrina no ha de tenerla á su lado más que unas semanas, pocos días. Los Peborde aun son muy niños, acaso no estén todavía completamente corrompidos. La fisonomía del mayor inspira cierta simpatía... Madrina reflexiona y pronuncia esta sentencia:

—Señorita Noemi: una vez más me remito á su tacto y á su prudencia para que estas relaciones que tanto me desagradan, queden reducidas al mínimo. Circunstancias en las cuales tengo acaso mi parte de responsabilidad y ciertamente usted la suya, exigen que tales relaciones existan. Puesto que Minnie ha de estar pocos días á mi lado, no pretendo en modo alguno entristecerla, prohibiéndola absolutamente que cambie algunas palabras con esas infelices criaturas. Obre usted lo mejor que sepa; confío en usted. Pero en adelante procure usted evitarme toda alusión á este estado de cosas que me es tan desagradable y que deseo apartar de mi pensamiento.

¡Hum! Esto no resulta muy claro. Pero el tono de madrina es decisivo. No

habrá manera de obtener más indicaciones; la señorita Noemi inclina la cabeza y va á examinar el ojo y la nariz de Minnie.

Los días pasan, la señorita Noemi siente que le roen la conciencia las más crueles torturas, entre el temor de apenar á Minnie y el de mostrarse demasiado indulgente. Ciertamente, el alternar con aquellas pobres criaturas es deplorable. Pero el instinto que lleva á Minnie hacia ellos es perfectamente loable. ¿Quién sabe si logrará ejercer sobre ellos una influencia provechosa? Por otra parte las instrucciones de madrina son muy elásticas. En su fuero interno, se tranquiliza la señorita Noemi; madrina se inclinaba hacia la tolerancia más de lo que sus labios dijeron... Y Minnie es tan clara en sus voluntades que se renuevan sin cesar, tan cariñosa y tan lisonjera en sus ruegos... La señorita Noemi va de concesión en concesión.

Al día siguiente de la batalla, cuando se encontraron en el parque, el pequeño Lulú corrió sin vacilación alguna á arrojarle en brazos de Minnie. Y enrojeciendo y palideciendo sucesivamente, acumulando mucho más valor del que le había sido necesario el día anterior para defender á su hermano, Max se acercó á Minnie, agradeciéndola su intervención y la

preguntó si aun la dolía el golpe. Minnie respondió con volubilidad que no sentía la menor molestia. Vamos á ver ¿sucumbió en la sarracina el perrito? No, Lulú pudo recoger el precioso cuadrúpedo. Comprobóse el estado de sus miembros mientras rememoraban las fases del combate. Sofía tomaba parte en la conversación.

Durante una hora la señorita Noemi sufrió cruelmente. Pero ¿cómo oponerse á las efusiones de lo más puro que reside en el alma humana? Cuanto pudo obtener (y aun á costa de una mentira) fué llevarse á Minnie cinco minutos antes de lo acostumbrado pretextando un encargo olvidado. Al separarse Minnie de ellos exclamó: «¡Hasta mañana!»

Durante la noche la señorita Noemi esperaba que al día siguiente llovería. Pero por la mañana un sol implacable vino á burlarla. Entonces, en tono insinuante, propuso á Minnie dar un paseo por los Campos Elíseos. Pero Minnie replicó denodada: «¡Vaya una proposición! ¡Mis amiguitos me esperan! ¡Mis amiguitos!...» Y Minnie caminó tan aprisa, que la señorita Noemi se sentía sofocada. Abordáronse como antiguos conocidos. Lulú blandía su perrito. Max había traído unas riendas, y el rostro encapotado de Sofía se había

aclarado gracias á un par de pendientes que Minnie le diera la víspera para su muñeca. Apenas se percataron de su llegada, corrieron á su encuentro. La señorita Noemi quedó única gurdiana de la banda, pues la doncella de los niños Peborde había debido ausentarse para ver á otro primo que tenía en la infantería de línea... De regreso á casa, la señorita Noemi intentó despertar escrúpulos en el alma de Minnie. «¿Cree que madrina estaría satisfecha de verla alternar con los niños de aquella gente?» Pero, tranquila la conciencia, Minnie no dejó que la ensombrecieran. No había buscado la compañía de los niños Peborde. El encuentro fué debido á la casualidad. Por otra parte, madrina dió la razón á Minnie. ¡Cuidado que si supiera lo buenos que son los niños Peborde los querría muchísimo!

Lo cierto es que madrina, á despecho de las instrucciones que diera á la señorita Noemi, no puede ignorar el estado de cosas que tanto deseara apartar de su pensamiento. Minnie es enemiga en sus conversaciones de la reserva y de los subterfugios. Por más que madrina evite interrogarla sobre el particular, y á pesar de todas sus tentativas para desviar la conversación hacia otros temas, Minnie la entera cotidianamente, y con suma prolijidad en los detalles, del es-

tado de salud de los niños Peborde; de sus caracteres y sus costumbres familiares. Por cierto que Sofía resulta mucho menos desagradable que los primeros días. Pero va tan raramente vestida que, á la verdad, parece un perro amaestrado. Sigue una descripción humorística de sus atavíos. En cuanto á Max, sería una perfección si fuese un poco más alegre, ó un poco menos susceptible. Pero, el otro día casi lloraba porque había sido el cuarto en clase y aun eso lo tachaba de injusticia. Madrina acoge con frialdad tales comunicaciones. Se comprende claramente que desearía hablar de otra cosa. Mas, por otra parte, tenía recomendado á Minnie que no le ocultara nada y que le hablara siempre con la mayor franqueza. Por consiguiente es necesario que demuestre sorpresa por los atavíos de Sofía y luego que observe: «¿Debe de ser muy estudioso ese muchacho, si le apesadumbra verse en cuarto lugar en la clase?»—¿Si es estudioso? Como que es casi siempre el primero. Y es el más joven de la clase. El otro día Minnie había olvidado algun detalle de la historia de Juana de Arco; pues bien, él se la explicó de cabo á rabo, tal como está en el libro.

¡Tal como está en el libro! ¿Con qué el alma de este niño no ha sido aun completamente deformada por el detestable

medio ambiente en que vive? El rostro de madrina se aclara, como dando á entender que Max le parece serio y agradable. Minnie siente una gran alegría. A los postres, abraza a Madrina hasta sofocarla. Sus ojos brillan. Madrina siente alguna vacilación. En tono indiferente interroga á Minnie, quien desde que empezó la comida, está como en brasas. ¿Al parecer, esos pobres niños resultarán menos mal educados de lo que era de esperar? La señorita Noemi responde precipitadamente, prestando á su voz la mayor firmeza. Harto se vé que no han recibido una educación cristiana y refinada. La niña, en particular, no le place demasiado. Pero las hay criadas en el convento que no valen mucho más. El niño, el mayor, en cambio, es verdaderamente—hay que confesarlo—es... encantador, si puede emplearse este adjetivo. Y el pequeñín es un bebé precioso.

Madrina tiene un gesto indeciso. Siente una tentación irresistible de deponer las armas y decir á la señorita Noemi y á Minnie: «¡Eal accedo á todo. Que Minnie juegue cuanto le plazca con esos niños. Desde luego absuelvo, perdono, transijo, mientras Minnie se muestre dichosa y no me oculte el menor de sus pensamientos.» La señorita Noemi tiene una obscura intuición de esta lucha y

espera con ansiedad la palabra que liberte su conciencia. A fin de contenerse, para reflexionarlo mejor, madrina coge maquinalmente el diario *La Cruz*, que estaba encima del velador, y mira distraidamente la primera página. Sus ojos se abren desmesuradamente.

¡Ayl...

Ayer, en la Cámara, el diputado Peborde subió á la tribuna para pedir la expulsión de las hermanitas de los pobres... ¡Madrina, que lee tan poco la prensa, ha dado precisamente con esta noticial! El dedo de Dios se la señaló. Indica con la uña el párrafo revelador, tiende la hoja á la señorita Noemi y dice en tono seco: «Usted comprenderá que, con más empeño que nunca, evitaré que Minnie alterne con los hijos de ese hombre». La señorita Noemi lee, inclina la cabeza y vuelve á caer en sus perplejidades...

Pero al fin, animada por los consejos de un eclesiástico, al cual se confió, decide acumular todas sus energías. El clérigo le demostró los inconvenientes de su debilidad, los peligros á que se exponía el alma de Minnie. ¿Y si su culpable tolerancia indujese á la niña á entrar por las veredas del mal? El otro día Sofía, al ver á un cura, gritó: «¡Uhl juhl!» y cuando pasa por su lado una Hermana se burla de ella ó poco menos. Tales

ejemplos son perniciosos. La señorita Noemi se impone un esfuerzo heroico, y cuando cierta mañana Minnie le dijo: «Vamos deprisa, los niños Peborde ya estarán allí», la señorita Noemi respondió, no sin sonrojarse, pero con mucha energía: «No, Minnie, hoy debo hacer muchas compras, será usted muy buena no insistiendo». Y acaso en su fuero interno hubiera preferido que Minnie insistiera. Pero tan dócil se mostró Minnie que casi se sintió avergonzada.

Al día siguiente, al acercarse al parque de los Inválidos, la señorita Noemi vió, allá lejos, á los niños Peborde mudos y sombríos. Con el semblante desmayado, los ojos vagos, Max estaba sentado en el banco; Sofía, á su lado, musitaba á media voz, y en la rolliza cara de Lulú faltaba la acostumbrada alegría. De pronto, percatáronse de la aparición de Minnie. Como iluminadas repentinamente por el sol, sus caras tornáronse radiantes. Lulú abrazóse á sus piernas lanzando exclamaciones de júbilo. Sofía sonrió. Pero Max hizo tan rara mueca que Minnie preguntó muy sorprendida: «¿Qué le pasa, Max?» Este sorbió sus lágrimas y, ya más sereno, pudo decir: «¡Temía que estuviese usted enferma!» La señorita Noemi atormentada por el remordimiento, desvió los ojos.

Y un minuto más tarde unas explosio-

nes de alegría llenaron el parque, divirtiéndose á dos inválidos melancólicos que por allí paseaban tomando el sol. Minnie es el hada vivaz cuya varita mágica ha convertido á tres críaturas anémicas y aviejadas, en tres niños rientes y de rosadas mejillas. Los juegos que ella inventa tienen un sabor excepcional. A su paso nace la primavera, la vida pulula. Vigorizados, electrizados, transfigurados por su presencia, los niños Peborde danzan á su alrededor cual locas mariposas ébrias de luz. Y la señorita Noemi, con el alma embargada por la emoción, está á pique de llorar, pensando en las amonestaciones del severo elesiástico..... Separáronse, diciendo: «Hasta mañana.»

No obstante, dos días después, la señorita Noemi reacciona. Ni asomo de dudas. Exstricta energía. Ayer, en vez de jugar, Minnie y Max, pasearon durante media hora, cogidos del brazo y hablándose á media voz. El semblante animado de Minnie explicaba algo. Max escuchaba, hacía alguna que otra objeción y finalmente aprobaba con aire de satisfacción. En lo profundo de su alma, la señorita Noemi estremeciése. Camino de casa, hizo algunas preguntas insidiosas. Minnie mostróse reservada en sus respuestas, y algo pensativa... La señorita Noemi se sintió atormenta-

da todo el día por viva inquietud; por la noche le fué muy difícil conciliar el sueño. Tuvo una pesadilla terrible. Ante un alcalde chocarrero, enorme, de faz repulsiva, que ostentaba un casquete rojo y cuyo abdómen ceñía una banda tricolor, Minnie se desposaba civilmente con Maximiliano Peborde, y un cortejo de francmasones danzaban detrás de ellos la carmañola, agitando cabezas ensangrentadas de monjas y curas en lo alto de sus picas.

Al día siguiente, al salir la señorita Noemi (aquella fué su primera mentira) dijo á Minnie: «He pillado un resfriado. Preferiría que nos paseáramos un poco en vez de estacionarnos en el parque.» Esperaba cierta lucha y estaba dispuesta á una transacción; al pasar saludarían á los amiguitos. Pero Minnie no objetó una palabra. Dijo en tono de compasión: «¡Pobre señorita Noemi!... Caminemos de prisa.» Y la señorita Noemi, víctima de su propia mentira, sudaba á mares, pegados los cabellos á las sienes.

Al otro día sufrió anticipadamente, al pensar en los ojos angustiados que pondría Max. Nada de eso; los niños se aproximaron con exuberancias de alegría. En el propio Max se notaba una animación desacostumbrada. Charlaron muchísimo en voz baja, soltando

de vez en cuando alguna carcajada algo contenida.

Y a la semana siguiente, la señorita Noemi vió con satisfacción y sorpresa, henchida de orgullo, que el éxito coronaba sus esfuerzos. Por lo menos la mitad de los días, puede suprimir ó evitar el encuentro en el parque. Minnie no se queja, ni demuestra la más leve aflicción. Está alegre como una gaita, y es más, muestra un celo excepcional en el cumplimiento de sus deberes y una gran preferencia por los juegos más quietos. Ahora, casi diariamente, pasa una hora ó dos en su cuarto, repasando sus cosas, emborronando papel ó liando paquetitos. Madrina advierte también este cambio. Hoy ha llovido toda la tarde. Minnie se ha quedado tranquilamente en casa, sin proferir una queja, entreteniéndose con sus juguetes y sus papelotes. Madrina, conmovida, por tanta docilidad, vá á hacerle una corta visita, al anochecer. Y como al cabo de un momento Minnie debe confiarse á Melania para que le pruebe unos delantales, madrina aprovecha su ausencia para interrogar á la señorita Noemi, en tono mixto de sorpresa y de inquietud: «¿A qué se debe que Minnie esté tan sosegada hace una semana? Parece completamente transformada. ¿Estará enferma?»

La señorita Noemi se apresura á tranquilizarla. Jamás Minnie estuvo tan bien de salud como ahora. Está perfectamente sana y alegre. Y... hay que aprovechar la ocasión: la señorita Noemi, por desprendida que esté de toda vanidad, la aprovecha. Madrina aún se dará por más satisfecha de encontrarla en tales disposiciones, cuando sepa que la señorita Noemi ha logrado disminuir mucho los encuentros con los niños de arriba.

Madrina asiente con aire distraído, inmóviles los ojos. La señorita Noemi se siente un poco desilusionada; esperaba unas palabras de agradecimiento ó de elogio. No puede abstenerse de insistir. Algunos días, por ejemplo hoy, en que los niños no se ven lo más mínimo, no tienen la menor ocasión...

—¿Está usted segura?—dice madrina con cierta calma.

La señorita Noemi la contempla con estupor y abre la boca para articular una afirmación... Pero madrina levanta la mano. Su rugoso índice señala la ventana abierta... La señorita Noemi sigue con la mirada aquella dirección y enmudece, olvidándose de volver á cerrar la boca. Al nivel del antepecho, un perro de cartón rosa se balancea al extremo de un cordel. Una carta cerrada pende al extremo de otro... La señorita Noemi

contempla alternativamente al perro de cartón y á madrina en cuyos labios se dibuja una sonrisa burlona. ¡Instalaron un correo secreto! Hé aquí porque Minnie se refugia tan decididamente en su cuarto y se la vé tan atareada escribiendo. La señorita Noemi junta las manos, lanza un profundo suspiro de abatimiento y murmura:

—¿Qué haremos?

Madrina señala el perrito y la carta que bailotean con frenesí.

—Empiece usted por desatar todo esto, de lo contrario esos chicos van á tirarse por la ventana.

La señorita Noemi obedece. Los cordeles desaparecen rápidamente. ¿Qué hacer con los objetos habidos? La mirada de la señorita Noemi interroga. Con un leve ademán de la barba, madrina la induce á depositarlos sobre la mesa de juegos de Minnie, y añade, algo sonriente y melancólica:

—Señorita Noemi, de nada sirve obstinarse contra lo inevitable. Ese endiablado de Beaumarchais, que al fin y al cabo no era tonto, escribió una comedia titulada *El Barbero de Sevilla*. Bartolo, el pícaro agua-fiestas, acaba siempre por ser burlado por Rosina, porque en favor de Rosina lucha su juventud. No representemos el papel de Bartolo. Es preciso, añade la anciana rápidamente, al oír

que se aproximan los pasitos de Minnie, que todo eso quede entre las dos... El pecado de la debilidad es preferible al escándalo.

La señorita Noemi indica que ha comprendido esta bella máxima, la cual puede traducirse así: madrida consiente en todo, pero, por una suprema revuelta de su orgullo, pretende por lo menos salvar las apariencias ante el amigo Gouf.

Hace quince días que el amigo Gouf al llegar encontró á Minnie. Fué al atardecer de un día de lluvia. Minnie estaba un poco dengosa y le tomó por confidente. Dolióse de la soledad y quejóse de que madrina le prohibiese ver á los niños Peborde. Y el amigo Gouf acordándose de que madrina le autorizó para que le aconsejara en lo referente á Minnie, intentó, prestando á sus palabras cierto tono de chanza, insinuarle que, al fin y al cabo, la plática con aquellos niños no tendría tal vez las consecuencias fatales que ella temiera... Pero las dotes oratorias del amigo Gouf flaquearon pronto. A medida que las palabras iban saliendo de su garganta, cada vez con mayor dificultad, madrina se erguía con aire glacial, parecía rígida, agrandada, envarada... Súbitamente el amigo Gouf perdió todo impulso verbal... Quedó mudo, petrificado, con la más expresiva sonrisa en los labios...

Hubo un corto silencio. Y madrina dijo, recalcando cada sílaba: «Pensamos de muy distinta manera sobre ciertos asuntos; hace mucho tiempo que me constaba». Y en seguida le interrogó sobre la cotización de la renta.

El amigo Gouf no volvió á insistir. Pero se daba cuenta de que madrina no olvidaba su temeridad. En vano procuró multiplicar los actos de contrición. La halló implacable y dispuesta á las respuestas más aterradoras por el menor motivo... Jamás se encontró tan inquieto y torpe en la estancia de la calle de Varennes. Verdaderamente, de no encontrarse ante el retrato de Clara-Angélica, de no haber prometido á Mauricio que le daría noticias de su hija, quizá optara por la fuga, dispuesto á no volver más allí.

A medida que madrina advierte que su energía vacila, que el cambio la invade, como á todos, que poco á poco va cediendo en sus principios, parece que, para alcanzar una rara compensación, se muestre más acrimoniosa para con el amigo Gouf... como si pretendiese indemnizarse de sus flaquezas, abrumando con sus severidades al que fué su primer instigador. Y en la primera capitulación de su orgullo y sus principios, no cesa en ese pensamiento: que á lo menos Augusto Geoffroy no pueda

nunca sospechar á qué debilidades llegó á descender.

Y he aquí precisamente que en el momento en que Minnie entra en su dormitorio, óyese un campanillazo y Melania anuncia la visita del amigo Gouf.

Al entrar madrina, el amigo Gouf se levanta del sillón en que estaba tímidamente empingorotado, y desde el primer instante presiente que hoy madrina estará más intratable que nunca. Jamás la encontró tan implacable para con el siglo, el espíritu moderno, todas las tendencias de nuestra época. Quisquillosa, aborda de frente los temas más escabrosos. Convencida de que el amigo Gouf es un escéptico discreto, dice preferir el ateísmo intransigente á la falsa tolerancia que encubre todas bastardías. Segura de que el amigo Gouf es un republicano moderado, como todos los que no tienen opinión, declara serle más tolerable los socialistas y los anarquistas, que esos desgraciados sin arrestos ni conciencia que, educados por su origen entre los defensores de la religión, la propiedad y la libertad, se convierten, á pesar suyo, en cómplices de todas las persecuciones, si no procuran beneficiarse de ellas. Además, el aspecto exterior de los contemporáneos es tan ingrato como sus almas. Midiendo al amigo Gouf de pies á cabeza, madrina señala

la manía de afearse que les caracteriza, pues ostentan en su atavío colores vivos en lugar de los apagados matices que convienen á la gravedad masculina. El amigo Gouf que lleva una corbata roja y zapatos amarillos, está á pique de perder toda templanza.

Diga lo que quiera, trate del tema más vago, madrina le contradice, agria, feroz, arrogante. Ella encarna todas las intransigencias del pasado. Bajo las miradas aprobadoras de sus antepasados gózase estrujando, humillando, torturando al vulgar plebeyo, al hijo de Geoffroy. Cabizbajo, avergonzado, aplastado, confundido, el amigo Gouf no sabe donde colarse. Ni siquiera se atreve á levantar los ojos hacia el retrato de Clara-Angélica. Se siente indigno de ella. Es imposible que madrina haya podido considerar más que como una grave ofensa el sentimiento que á él le inspirara la muerta; de lo contrario, no le hubiera tratado con tanta dureza. Todo lo que él dice se vuelve contra él, y si calla, su silencio es mal interpretado. Abrumado, consternado, se pregunta qué habrá podido ocurrir, contempla con terror á madrina como á una especie de castigo y en sus adentros compadece á Minnie... ¿Cómo podría imaginar que en el preciso momento en que, agachado bajo la tormenta, se

decide á una fuga ignominiosa, la niña permanece perpleja ante este enigma:

—¿Cómo es posible que el perro de cartón y la carta de Max pudieran penetrar en su habitación y subirse impunemente á su mesita?

Todo quedó solventado. Madrina acabó de bajar la pendiente y renunció á subirla de nuevo. La señorita Noemi, sintiéndose tácitamente autorizada, abandona la lucha. Si el clérigo la reconviene, madrina cierra los ojos, y Minnie puede obrar libremente á su antojo. Ella y los Peborde acabaron de estrechar los lazos de una amistad que será eterna como toda cosa humana.

Ante los ojos maravillados del pequeño Lulú, la niña aparece decididamente cual hada prestigiosa cuyas manos están siempre llenas de caricias, de sorpresas y de bombones. Sofía, la envidiosa Sofía, abandona sus sarcasmos y sus rencores, á fuerza de verlos cada día más inútiles é indiscretos. Y Max ha concentrado en Minnie todo el fervor de su alma taciturna y apasionada.

Cuando está con ellos, Minnie es el centro al cual todo converge; cuando no está, su nombre corre de boca en boca. Más de una vez la señora Peborde ha expuesto su inquietud: ¿será conveniente impedir á esos niños que

enloquezcan por esa beatita? Pero el señor Peborde, optimista y bondadoso, mueve negativamente la cabeza. El avisado rostro de Minnie, á quien encontró un día que volvía de las oficinas del Gobierno, quedó grabado en su memoria y no le pareció sospechoso en lo más mínimo. Por otra parte tiene fe en el deber de la solidaridad y en la fuerza contagiosa de las ideas democráticas y sociales... ¿Quién sabe si el contacto vivificante de los niños Peborde llegará á ser para esa criatura la sana raíz de la que nazca más tarde su regeneración? Plácidamente, el señor Peborde, entre las peras y el queso, reconstruye su último discurso sobre el profesorado: *Los misioneros de las ideas laicas*. Pero la señora Peborde no le escucha. En el fondo se siente orgullosa de que sus hijos sean amigos de la niña de la vieja aristócrata. Después sus ojos se fijan en el reloj: ¿se impacientará su querido Jorge aguardándola allá en la calle de la Arcada?

Sus inquietudes maternas, lo mismo que las inquietudes contrarias de madrina y la señorita Noemi, lo mismo que las esperanzas humanitarias del señor Peborde, no parecen motivadas por la realidad. Ningún espíritu de proselitismo anima á la descendencia del señor diputado. Y, de existir, su acción sería me-

diocre sobre el alma de Minnie, desde luego reacia y que malpara y tritura á su manera, sin poner gran atención en ello, los frutos de la experiencia. De las cuestiones políticas y sociales, lo que la impresiona especialmente son las repercusiones que, por exigencia de las costumbres parlamentarias, se notan en la vida cotidiana. Minnie cree, por ejemplo, que el escandaloso retraso de la hora de la comida de sus amigos, se debe á la prórroga de las sesiones en la Cámara. Muchas veces, Sofía intentó inútilmente obtener alguna superioridad en calidad de hija de un representante del pueblo. Pero este título no indujo á Minnie á la menor pleitesía. Tal como la concibe por las explicaciones de sus amigos, la Cámara le parece algo así como una gran sala de juego en la cual unos grupos de señores viejos van á charlar, á gritar, á enredarse. Por algún tiempo debe de ser divertido, pero luego ha de resultar ridículo. Un día dijo á Max: «Espero que tu no vas á ser diputado. Es vergonzoso para un hombre no hacer nada». Sin embargo debe á sus amigos algunos juegos originales que se cuentan entre los más divertidos que conoce. Por ejemplo el de la sesión nocturna. Lulú se sube á una mesa, agita una campanilla con todas sus fuerzas mientras los demás gri-

tan, le amenazan con el puño y patalean. El vencedor es el que llega á infundirle más pánico á Lulú. Hay asimismo el juego de la interpelación y la caída del ministerio. Minnie, parecida sin saberlo á los filósofos más desengañados, sólo saca nuevos motivos de diversión de las pasiones que encienden la lucha entre los hombres.

De vez en cuando, no con mucha frecuencia, recibe cartas de papá y de mamá. Por lo general, siempre es madrina quien le transmite lo que ellos escriben... Se hallan en la ciudad maravillosa donde moran los turcos, donde los caiques surcan las aguas del Cuerno de Oro. Respiran el aire perfumado de Oriente. Y un sol mágico les alumbra sobre aquel mar cuyo solo nombre resplandece: el Bósforo... Aún no están enteramente instalados, pero se acerca el momento en que Minnie deberá ir á reunírseles.

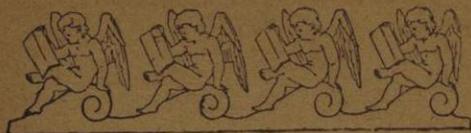
¡Oh, sí! ¡que Minnie pueda ir á reunirse con ellos! Cierta que adora á madrina, á la señorita Noemi y á los niños Peborde, y á París; pero, naturalmente, adora mucho más á papá y á mamá que á todos los demás, y prefiere lo desconocido á cuanto ha visto.

A veces Max declara, en tono convencido, que París es la más bella ciudad del mundo. Minnie no le contradice,

pero intenta describirle el esplendor del mágico país que dorara su infancia. Y si él mueve la cabeza con aire de duda, la niña no se enfada, se contenta con murmurar: «No puedes comprenderlo porque no sé explicarme». Para Minnie, tan chiquita, París es demasiado pequeño y demasiado grande. Es demasiado grande, demasiado ruidoso, hay demasiada gente, y casas, y humo, y automóviles y coches y ¡qué se yo! Pero es demasiado pequeño, porque el vasto París no es nada en comparación con el infinito de las aspiraciones que frecuentan el alma de Minnie.

Minnie se parece á aquellos bárbaros que, no conociendo más que sus estepas, marchaban á la conquista de Roma, esperando otras conquistas. Necesita batallas, ruido, aventuras. Sus juegos favoritos son los más violentos. En ellos, su exaltación llega al colmo. Un demonio brilla en sus ojos fulgurantes. Y Max, descendiente agotado de los Galias romanos, vástago avejentado de poblaciones desde remoto tiempo civilizadas, la considera á veces con cierto asombro mezclado de celos. El alma de Minnie le es incomprensible y le desconcierta. La niña le parece una semi-salvaje, superior á él no obstante, y con la cual no tiene punto de contacto. La ternura celosa en que

la envuelve, sufre por no poder confis-carla. Entregósele Max, por comple-to, pero Minnie, por su parte, ¿le dá algo más que una limosna de amistad condescendiente? El otro día, Max, le dijo: «¿Te gusta marchar?» Ella res-pondió: «¡Oh, sí!» con tal fuerza, con tal fervor, que Max enmudeció.



## CAPÍTULO V

**M**INNIE está sentada en su ha-bitación ante su mesa. Ha de escribir á su papá; tarea difícil. Minnie, tan parlam-china, no mueve con facili-dad la pluma. Esta maldita pluma se atasca, escupe, hace borrones... Y, ade-más, siempre retarda lo que uno quiere decir... En el fondo, Minnie, preferiría no escribir. Al fin y al cabo papá es harto capaz de adivinar por sí solo lo que su hijita quiere explicarle y sabe muy bien que no le olvida. En suma, Minnie está perdiendo el tiempo. Pero una tradición respetable (¿por qué?) exi-ge que una niña escriba á su papá. Sacando un poco la lengua, Minnie ali-nea dificultosamente, con una letra atroz y una ortografía deplorable, frases inco-